

Angustia-violencia

JAIME I. SZPILKA*

Recorrer y construir el tema de la violencia nos implica en la presentación de varios espacios y contextos desde los cuales abordarla, sociales, políticos, filosóficos, etc. Pero el punto de partida fundamental que me interesa abordar desde el psicoanálisis no puede dejar de referirse a la paradoja ética y lógica que la estructura edípica instituye en el sujeto humano.

Así nos importan ciertas reflexiones sobre el mito del génesis acerca de la curiosa prohibición divina de comer del árbol del bien y del mal, que, sin embargo, introducirían al sujeto en una existencia ética. Ciertos cabalistas, y entre ellos especialmente Moisés de León, citado por Ch. Mopsik en su *Cábala y los cabalistas* (6) (10), insistían en que la diferencia entre lo animal y lo humano giraba esencialmente sobre el concepto de "nada". La nada sería, así, el "invento" humano fundamental o, mejor dicho, la nada y lo humano se efectúan en un mismo movimiento. La nada no tiene sino mítica-mente una existencia previa "*per se*", ya que la concepción, la creación, la conservación y la experimentación de la nada, tienen todo que ver con la particular ética interdictiva que crea la estructura edípica en la instauración del inconsciente. De esa instauración se produce el radical desgarro del campo de lo natural que autonomiza a toda significación de cualquier expresionismo naturalista, culminando con la creación del concepto de falo. Y justamente en esa restricción ética donde lo simbólico nace no representando a lo natural sino produciendo a lo simbolizado "*après-coup*" como lo que cae por efecto de la simbolización misma, se cumple el presagio de la serpiente. Ésta le había dicho a Eva que Dios no deseaba que comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal porque, junto a Adán, devendrían también dioses. La consecuencia es la primera expulsión del paraíso. Y es justamente a partir de la creación de la nada que el sujeto humano deviene en un dios, ya que

*Jaime Szpilka
Psicoanalista titular en
función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica Argentina
y de la Sociedad
Psicoanalítica de Madrid

jszpilka@inicia.es

solamente "ex-nihilo" puede comenzar a crear un mundo. Distinto, en cambio, es el conocimiento que se obtiene del árbol de la vida a través del cual solamente se conoce de acuerdo a fines de preservación animal natural, es decir, que se conoce todo porque no se conoce nada, en tanto lo cognoscible no tiene merma alguna por mor de lo simbólico. Así no hay "*homo sapiens*" antes del "*homo moralis*" (9)(10), ya que no hay nada para saber ni conocer antes de que se crea la ignorancia sostenida por la nada que la ley moral del bien y del mal introducen en la interdicción edípica del goce pleno con lo real materno. No considerar la importancia de la nada como diferencia, lleva a una idealización de la naturaleza ("*Deus sive natura*" de Spinoza), a una humanización de lo animal y a una animalización de lo humano, muy en boga en muchos desarrollos contemporáneos, que achatan el valor esencial que desde Freud adquirió el Edipo como complejo nuclear de las neurosis. Si es así, la angustia al igual que la violencia humana tienen todo que ver, a diferencia de la agresión animal con la institución ética. Una primera violencia, la ley que instituye el bien y el mal, inaugura un desgarramiento de algo que se constituye "*après-coup*" como la naturaleza opuesta a la cultura y que la nada como diferencia impedirá para siempre conciliar, aunque por eso mismo el sujeto debe procurarse la creación de un mundo nuevo frente a un mundo anterior que nunca se tuvo y, sin embargo, sujeto a constante pérdida. Si la violencia produce ese desgarramiento, la angustia expresa en función de la nada que se constituye la imaginería de un todo que tanto lo asfixia como signo ambiguo del atrapamiento en la vieja morada que no puede abandonar y el nuevo mundo al que tiene que acceder, marcado ya por el dolor que experimenta por el recuerdo de lo perdido. Todo esto no puede dejarnos ajenos a la violencia de nuestro

trabajo como analistas donde una y otra vez repetimos ese movimiento violento para romper la confluencia circular entre fantasma y recuerdo. Una y otra vez repetimos la violenta expulsión del paraíso desde el árbol de la ciencia del bien y del mal para que el pasado no sea futuro realizado y se convierta en futuro a realizarse en el tiempo infinito de una imposibilidad de ser (8).

Cuando Freud abandona el aparentemente perfecto edificio del Proyecto (3) para una psicología científica, se deshace una visión simplista respecto al concepto de naturaleza al cual los psicoanalistas frecuentemente idealizamos como si encontráramos en ella una materialidad ontológica firme donde aprehender y definir mejor al sujeto que pretendemos desvelar, su significado, su ética, su verdad, todo el cortejo metafísico que en la fascinación por la presencia patente e intemporal del ente donde reside la eternidad del ser, oculta al mismo tiempo la epifanía del ser mismo como ente que adviene a la presencia. Es a partir de la primacía de lo simbólico y de la ley edípica que comienza a considerarse una serie de desnaturalizaciones subjetivas que implican violencia y angustia. Toda desnaturalización implica fundamentalmente la dolorosa constitución de un antes que no fue y que después no puede ser, es decir, que constituye la imposibilidad. Y si la violencia genera la imposibilidad, también se ejerce como intento de deshacerla, mientras que la angustia señala el atasco del sujeto entre lo que no fue y lo que no puede ser (lo "*unheimlich*"), como que no puede deshacerse de lo que no fue ni soportar lo que no es. Recordemos la famosa frase de mayo del 68: "sed realistas, pedid lo imposible". Ya Lacan, en su seminario del 21 de noviembre de 1962 (5), "*L'angoisse, signe du désir*", nos muestra el "*impassé*" que se crea en Hegel en la imposibilidad a nivel imagina-

rio que crea la violencia de desear el deseo del otro, en el modo de concebir tanto al otro como al objeto. Si deseo el deseo del otro como objeto, solamente cabe que me ubique como objeto del otro, lo cual como sujeto autoconsciente me es intolerable y de lo que solamente me cabe salir a través de un nuevo acto de violencia. Salvo, como agrega Lacan, que el otro interese a mi deseo en la medida de lo que le falta y que él no sabe, y que es el único circuito para poder encontrar lo que le falta a mi propio deseo.

Narciso es mudo sin Edipo y Edipo habla sobre Narciso herido (2) (9). Para recuperar a "*his majesty the baby*" se reconstruye el ideal perdido en los padres en el momento mismo en que sus normas y límites sustentan la primera represión de lo que "*après-coup*" deviene en libido incestuosa que hay que resignar. Como que paradójicamente para recuperar un narcisismo primario, una plenitud supuestamente perdida, que antes no fue y después dejó de ser, se hace necesaria una escisión psíquica, una ignorada represión gracias a la cual se recupera imaginariamente una unidad perdida. Pero al erigirse el ideal que nos humaniza, la vida ya no vale la pena de ser vivida por sí misma si no tiene un sentido, y el sentido queda fuera de la vida misma. Lo único fuera de la vida misma y que soporta al sentido es el significante, y en tanto atraviesa nuestra vida de cabo a rabo, vivimos más para salvar nuestro buen nombre y honor, trascendiendo cualquier racionalidad natural de acuerdo a fines de supervivencia animal (9).

Desnaturalizar al inconsciente implica creer en su constitución en torno a una palabra que hace ley, tras lo cual gran parte de la cuestión del ser se "normaliza" alrededor de la culpa. Cuando el sujeto queda atravesado por un nombre que funciona como ideal, acusa a la palabra tanto como es acusado por ella. Culpable

de ser la criatura sexual animal que jamás podrá estar a la altura de su nombre, de su ley o de su ideal. Como que el simple sentimiento de si animal no basta para certificar al ser, ya que solamente la culpa que surge en la fractura de la unidad narcisista imaginariamente perdida inaugura la significación psíquica inconsciente. La angustia tiene lugar en esa fractura donde se debate lo animal o lo humano, su antes natural que no fue y su desnaturalización subjetiva que no lo deja ser. Así no puede sorprendernos que los casos *princeps* de Freud, Hans y El hombre de los lobos, giren alrededor de los pequeños sujetos en un vínculo peligroso y fascinante con un caballo y un lobo, como representantes no solamente de la figura del padre castrador sino de la animalidad con la que pleitean en su devenir humanos.

Si hacer consciente lo inconsciente insiste en establecer un saber, producir lo inconsciente insiste en una destitución, en una promesa, en una interrogación, en un instante donde el agujero se crea, el espacio se abre y la máscara cae. Se salva así en esa operación ética la verdad en el lugar de su imposibilidad, sustrayendo a la palabra su tentación totalitaria. ¡Que lo imposible sea imposible para todos! ¡Que no haya un padre de la horda de la palabra! Como que toda palabra que se precie ética tiene que sufrir el dolor de su merma. Y es en ese difícil alumbramiento a la palabra, en la violencia de ese alumbramiento, donde la angustia juega un lugar en el cual podemos acompañar a J. Lacan como siendo la única que no engaña.

Desde otra perspectiva, la promoción jubilosa del ser humano en su racionalidad como ser parlante, paradójicamente, quedó destronada con la revolución freudiana. El porque se dice se puede decir vira a porque se dice hay algo que se quiere saber y decir que justamente por eso mismo se nos hurta. Y la hipótesis del in-

consciente, dando cuenta de esa pérdida, implica la maldición que se gesta en el ser por efecto del habla.

Quien no es sujeto de la palabra nada ignora y nada tiene por saber, por lo cual tampoco se le presenta el problema de la verdad. Verdad que antes de hablar no era, no había nada para decir ni nada para callar, pero que después de hablar paradójicamente dejó de ser. ¿Cómo recuperar una pérdida de lo que nunca fue? Por eso me interesa citar al filósofo Manuel Cruz que refiriéndose a su maestro Emilio Lledó en su 80 cumpleaños titula su elogio "Todo cuanto ignoro lo aprendí de él", enfatizando que la exhortación ilustrada al saber, el grito moderno de guerra kantiano "*sapere aude*", de manera necesaria tiene un reverso, atrévete a ignorar. Porque en el comienzo no hay silencio, no hay nada, sino un insoportable ruido que hay que saber silenciar y anonadar. Aquí me interesa discriminar el vacío como ruido físico y la nada como efecto legal.

La herida narcisista se produce como paraíso perdido "après-coup" que nunca se tuvo, excavada sobre el fracaso del significado que no puede agotar su sentido en lo real. Desde esta perspectiva, se considera la instauración ética del inconsciente y su fundamento en torno a la estructura edípica que inaugura la esencial desnaturalización subjetiva. Es lo que Freud considera como identificación primordial con el padre de la prehistoria personal, identificación primaria "vera" que conminó al sujeto a ser otra cosa que el ser biológico u ontológico que fue, deviniendo sujeto humano de los ideales de la cultura, y que dice que lo humano es ser lo que no se es y no ser lo que se es. Como que se identifica al sujeto que antes no fue y después no puede ser, con quien le muestra la dirección de su deseo como realización imposible ("así como yo has de ser"; "así como yo no has de ser"). Y aquí es esencial señalar

el momento mítico de la significación primordial que pasa por la palabra-ley paterna, inaugurando la primera interdicción de goce con lo real al proferir: "¡Ésta es tu madre!", con lo cual comienza el intrínquilis de la cuestión. Porque más allá de la semántica vulgar donde 'madre' se refiere a una cascada perceptual empírica de un mundo razonablemente organizado, instaura la primera castración del sentido.

'Madre' es el primer significado que da la razón de lo que toda significación implica, ya que todas las interrogaciones del después refieren monótonamente la misma interdicción de goce con lo real, una negatividad y una ausencia en el lugar de la cosa significada del mundo, un sentido que no se agota en ninguna cosa de lo real. Y por eso el júbilo tautológico "tu madre es tu madre" del porque se dice, se puede decir, se vela en la institución del porque se dice no se puede decir. Aquí yace el motor de la interminable búsqueda del sentido de la vida, que se persigue hermenéuticamente (Heidegger, Gadamer, Ricoeur), que se quiere conformar a las reglas empíricas de la lógica positivista (Wittgenstein, Carnap, etc.), o que finalmente se quiere ignorar en las deconstrucciones posmodernas (Derrida, Lyotard, etc.).

En este momento inaugural, lo reprimido queda postulado como un bien "natural" articulado a un mal moral, mientras que el bien moral queda unido a lo se considera como un mal natural. Se crea, así, una paradoja lógica y ética donde, en torno a la ley del Edipo, se constituye un bien en el mal y un mal en el bien. La discriminación que el alemán hace entre "Gute" y "Wohl", lo bueno moral y lo bueno en función de lo placentero y agradable, el bienestar, y entre "Böse" y "Weh", lo malo moral y lo malo en función de lo displacentero y desagradable para el sujeto, su malestar, es altamente fecunda y apoya la sutil distinción kantiana tanto del

bien como del mal, fundamentados por un lado en una empiria subjetiva basada en el placer y el dolor; por otro lado, en un objeto formal "*a priori*" que permite una universalidad soportada por una ley general. Sólo en la concepción freudiana del Edipo, "Gute" no se desprende de "Wohl" y "Böse", no sigue linealmente a "Weh". Hay un entrecruzamiento radical que culmina en todo lo contrario, ya que todo lo que se relaciona con el "Wohl" del sujeto va acabar articulándose con "Böse", y todo lo que se relaciona con el "Weh" del sujeto va acabar articulándose con "Gute". Así, en el momento de interdicción edípica, lo bueno y lo malo ligados a una experiencia empírico-natural sufre la radical subversión de que todo el aparato de placer-displacer cae bajo el peso categorial de la ley. La paradoja de un bien en el mal y un mal en el bien, abre la vía fecunda para una ética subjetiva más allá de la moral natural convencional de lo bueno y de lo malo, dando lugar a una constante elección entre el bien moral o el bien natural, y el mal moral o el mal natural. Con ello se abre la puerta tanto a las grandes gestas heroicas como a las mayores perversiones de la humanidad (10).

Se originan muchos malentendidos en la relación entre pulsión de muerte, agresión y destructividad. El que haya una imposible satisfacción, un resto pulsional constante, nos da cuenta, en última instancia, de la impotencia del sujeto frente a lo real. Lo que antes no fue y después no puede ser, no puede ser abarcado ni aprehendido ni gozado. La pulsión de muerte en sí misma no es ni violencia ni tendencia efectiva hacia la muerte biológica, sino el modo que en el sujeto humano se presenta la negatividad implicada por el significante (4). El sujeto atravesado por lo simbólico tiene más bien con lo real una relación desesperada, y la impotencia frente a lo real o culmina en la aceptación

de la imposibilidad, castración, silencio de la pulsión de muerte, o se subvierte en omnipotencia, haciendo ruido a través de un acto de violencia. Cuando la impotencia no deviene imposibilidad deviene violencia, lo que finalmente logra, igual que el niño que destruye su juguete, quedarse solamente con el vacío de la cosa.

Podríamos pensar que la pulsión de muerte es la consecuencia de la asunción ética que la estructura edípica introduce en la subjetividad. Más allá del principio de placer, es más allá del principio de placer en conjunción con el bien natural del sujeto. En el célebre apartado V de "Más allá del principio de placer", insiste Freud en que todas las formaciones sustitutivas y aun todas las sublimaciones, no bastarían para cancelar la tensión pulsional, y la constante diferencia entre lo esperado y hallado engendra el famoso factor pulsionante que no admite ningún aferramiento a lo establecido, sino que acicatea hacia delante sin ninguna domesticación y sin meta ni clausura. Hacia atrás no hay vuelta posible por obra de la represión y hacia delante la realización es siempre asintótica. Es la imposible realización de una diferencia insoluble, que sostiene al deseo como perenne. La violencia estalla cuando, en lugar de soportar la diferencia como causa, y deseo es siempre diferencia, se apunta a la anulación de la diferencia con el objeto meta. Se busca, así, la indiferencia que finalmente culmina con la ruptura del orden simbólico.

La pulsión de muerte no es lo puro desligado sin más, sino lo que apunta a desligarse en función de la ligazón, que insiste en perpetuar la diferencia para siempre jamás entre lo esperado y lo hallado. También podríamos definir a la pulsión de muerte en la conjunción del goce fálico con la cosa, como una de las figuras del incesto. Así podemos entender que el sujeto humano viva por algo distinto que la vida

misma y que su plegamiento moral, acatar la diferencia, esté siempre, además, atravesado por una elección ética que plantea un precio a pagar por no acatarla. Así, de la imposible repetición de un mítico *habersido*, se pasa a la repetición de lo que nunca fue, nunca es y nunca podrá ser (10) (8).

No tomar al inconsciente como órgano natural es lo que hace al psicoanálisis irreductible a cualquier alianza con las neurociencias o a cualquier otra concepción naturalista sobre el sufrimiento humano, que sólo apunta al sujeto animal de una preservación racional a fines de supervivencia. Justamente porque apunta a que el sufrimiento humano se constituye en el nudo de la paradoja ética y lógica que trama nuestra existencia. Es en esa identificación mínima con la prescripción de la ley, en esa hiancia entre significado y sentido sostenida por el falo como lo imposible, que se establece al mismo tiempo un ordenamiento entre el bien y el mal moral, y el bien y el mal natural que permite una estructuración y discriminación entre preconsciente e inconsciente y entre el Yo y lo reprimido, solucionando parcialmente el conflicto insoluble de la paradoja lógica y ética que nos atraviesa. No en vano, Freud insistía en que la neurosis era el negativo de la perversión. En la perversión vera, cuyo núcleo esencial es siempre el sadomasoquismo, el sujeto deviene un ateo del inconsciente. Si no se cree en la mítica palabra del padre: "¡Ésta es tu madre!", se trastoca la relación con lo real, fracasa la interdicción y falla el pasaje del estatuto del instinto a pulsión. Se produce una vanagloria del naturalismo, un hipernaturalismo que deshace la "perversión" normalizante que implica la interdicción del goce en lo real, y la entrada en el universo de lo imposible donde imperan el significado, el sentido y el sinsentido. Como que se denuncia violentamente que no hay nada menos natural que lo que la

norma y el sentido común califican como tal. Vimos cómo el falo juega un rol central en la emergencia de la significación, como boya inconsciente de todo decir, en tanto todo decir se sostiene solamente sobre la falta que el falo sostiene en su imposibilidad, manifestando la imposible referencia natural, inyectando sentido y sin sentido a la significación, rescatándola de su tautología objetivante: "Mi madre es mi madre", que mata la dialéctica entre el significado, el sentido y el sin sentido. Pero si esa función se trastoca, en lugar de ser marca de la imposible articulación, adquiere referencia a una plenitud que solamente destaca como índice de una naturaleza bruta, "hay o no hay falo", como que si lo hay no falta nada y que si falta puede haberlo. Y ese desfallecimiento del falo como significante de la falta tanto aparece en la estructura perversa como en toda experiencia traumática grave en el campo de la sexualidad. Si el falo no vela, se produce un grave defecto en la desnaturalización subjetiva, por lo que en sus múltiples figuraciones imaginarias y reales juegue un papel tan preponderante en el escenario de la perversión. Escenario que ya viene dado por la perversión estructurante en la articulación del goce con la ley: "Mi padre me pega, mi padre me ama" (9).

Junto a esta falla, se desarticula y se desautoriza al inconsciente como órgano ético, y la ley moral, lo "Gute" que implica siempre un "Weh", el silencioso pesar del desgarramiento de lo natural, deja de diferenciarse de lo "Böse". Al fracasar, la desnaturalización subjetiva y creer que se sigue una ética natural no se discrimina adecuadamente la paradoja de un bien en el mal y de un mal en el bien; deja de funcionar lo que debería ser un puro "Weh" de una negatividad en silencio, de un todo imposible en la positividad limitada del principio de placer, y la conjunción entre sufrimiento y goce hace estallar el más allá del prin-

cipio de placer en lo placentero, se goza sufriendo y haciendo sufrir, y se sufre gozando, hay un bien, el mal, y un placer en el displacer que se realizan. Como si se impusiera el nietzschiano más allá del bien y del mal, la pulsión de muerte deja de laborar en silencio y tiene lugar la gran orgía sadomasoquista.

El desfallecimiento del falo como significativo de la falta produce, además, una confusión entre poder performativo y poder legal, tan bien ilustrado por el chiste del señor que orina a la vista de todos en Hyde Park y que, increpado por el "bobby" de que eso no se puede hacer, contesta burlescamente: "¿Y cómo yo puedo?". Esta confusión es lo que otorga al acto perverso ese matiz hiperrealista, como si la realidad despojada o trastocada de su elemento simbólico emergiera como un exceso monstruoso que la convierte en extraña y bizarra, como si resaltara una naturaleza imposible que antes de la simbolización no fue y que es forzada violentamente a ser cuando después no puede ser, cobrando un matiz estético y siniestro "Unheimlich", un desvelamiento excesivo de los cuerpos en una monotonía pornográfica donde no se distingue lo vivo de lo muerto. Es la hiperrealidad monstruosa que se experimenta, por ejemplo, cuando se visita el campo de exterminio de Auschwitz (10).

Claro que nos queda la difícil pregunta de si toda violencia es perversa, si no hay violencias legítimas. Solamente desde una ética natural, se puede ubicar al mal en una determinada tendencia pulsional, ya que desde la paradoja que explicitamos, la dirección de la cura siempre debe tener en cuenta al mal en función de un otro inconsciente. Y, sin embargo, necesitamos construir una ética mínima radical que pueda emanar de la ley edípica para atravesar la paradoja ética del bien en el mal y del mal en el bien, que nos permita

salir del "*impasse*" de un relativismo ético insoluble. Alain Badiou (1) también lo exige desde el campo de la filosofía a tenor de la decepción de las ciencias humanas, del descalabro de las grandes empresas colectivas que llevarían a una supuesta emancipación y que resultaron un fracaso en el respeto de la singularidad y contra la barbarie de lo inhumano, y finalmente frente a la reaparición de las pasiones reaccionarias, religiosas y racistas.

Podríamos proponer, entonces, que la violencia legítima debería, siguiendo al estilo de las máximas kantianas, implicar un nuevo paradigma ético, una ética del no-todo (no el sacrificio de querer al prójimo como a sí mismo) que consiste en no colocar en el otro el propio dolor de existir, ni la falta en ser que surge de la constitución de lo imposible. Y la única razón ética que como psicoanalistas podríamos tener frente al sádico, al torturador, al fanático, al asesino, etc., es que imputar al otro ese dolor de existir y esa falta en ser los destituye de su condición humana. Esta máxima implicaría quitar a la ética cualquier remanente narcisista donde pudiera haber la sospecha de revertir en el propio sujeto el bien realizado en el otro, ignorando al inconsciente. ¿Habría, entonces, una subversión que permite una trasgresión creativa y que llamamos sublimación, donde se puede jugar con la ley sin destruir su esencia? Esa es la nobleza del deseo, que sin realizarse en la imposible vuelta atrás ni en ninguna meta hacia delante, marca con su "esto no es" a la diferencia perenne como objeto de su causa y, por lo tanto, propende la transformación.

La angustia es señal del sujeto en "*souffrance*", entre el antes que no fue y el después que no puede ser, y en su atasco deja de circular como lo que un significativo representa para otro significante. La violencia es el intento de deshacer la imposibilidad, y en su versión perversa fuer-

za la marcha hacia atrás o hacia delante, transformando en meta al objeto causa del deseo en la suposición de que si no hay prohibición desaparece la imposibilidad; aunque finalmente, en la ruptura de la diferencia, se termine encontrando con el vacío de la cosa.

Si el inconsciente es un órgano ético, nuestra tarea es promover y sostener la experiencia de lo imposible, experiencia que se reduce en los intentos cada vez más actuales de humanizar a lo animal o de animalizar a lo humano. Como si con el afán de una supuesta armonía y perfección natural se buscara una cada vez mayor adecuación del sujeto a su objeto, a la verdad como correspondencia y adecuación, a la verificación como "Eureka" del encuentro perfecto de la razón con la verdad, y a la creencia de que, a través de la ciencia moderna, por ejemplo, las neurociencias, se podrán realizar los mitos del ser del saber y de la objetividad. Como si se quisiera suponer que el incesto es posible. De allí que se hace tan importante sostener que la esencia de lo psicoanalítico pasa por poder insistir en el valor de lo que Freud denominaba el complejo nodular de las neurosis, porque la estructura del Edipo es, en última instancia, la verdad de la verdad como falta y la que, por ende, constituye lo imposible (11).

Resumen

Freud, a través de sus sucesivas desnaturalizaciones subjetivas, creó las bases

para una comprensión diferente del significado, la ética, las pulsiones y, por ende, la concepción del inconsciente en general. Dentro de este marco, se intenta un recorrido sintético para poder reflexionar sobre dos fenómenos singulares: la angustia y la violencia. Para eso importa sostener a ultranza el valor de lo que Freud denominó el complejo nodular de las neurosis, porque es la estructura del Edipo, la que, en última instancia, implica la verdad de la verdad como falta, y asegura la instauración de lo imposible.

Bibliografía

- BADIOU, A.** *La filosofía otra vez*. Errata Naturae: Madrid.
- FREUD, S.** *Introducción del narcisismo*. Vol. XIV. S.E.
- _____ *Proyecto para una psicología*. Vol. I. S.E.
- JURANVILLE, A.** *Lacan y la filosofía*. P.U. 1984. París.
- LACAN, J.** *Seminario del 21.2.1962*. Du Seuil. París.
- MOPSIK, CH.** *Cabala y Cabalistas*. Albin, Michel. 2005. París.
- SZPILKA, J.** *Deseo de Filosofía, deseo de psicoanálisis*. Rev. APM-65.12. Madrid.
- _____ *La cura psicoanalítica*. Tecnipublicaciones. 1988. Madrid.
- _____ *Creer en el inconsciente*. Síntesis. 2002. Madrid.
- _____ *La razón psicoanalítica, una razón edípica*. Mentecata. 2014. Madrid.
- _____ *Reflexiones sobre la angustia*. RUP.114.2012. Montevideo.